Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LOS MALES DE LA LENGUA

Si àlguno no peca de palabra es varón perfecto (Sant 3,2)

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.365-2012
ISBN: 978-84-7770-255-9
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Querido lector:

Cuando me decido a escribir este libro, cuento con ochenta y nueve años de edad, y tengo que decir que casi todos los muchos pecados que he cometido en mi vida, han provenido de mi falta de dominio de la lengua, y como es muy fácil caer en ellos, por eso quiero prevenirte con estas breves lecciones para que tú caigas menos.

El fin, pues, que me propongo es hablar de los males de la lengua y hacer ver como casi todos nuestros pecados los ponemos de manifiesto en el hablar, y por lo mismo quiero hacer resaltar esta expresión del apóstol Santiago: *«El que no peca con la lengua es persona perfecta»* (3,2).

En los Proverbios se nos advierte que *«en el mucho hablar no faltará pecado, el que refrena sus labios es sabio»* (10,19).

La lengua revela el corazón del hombre. Jesucristo dijo: *«De la abundancia del co-*

razón habla la boca» (Mt. 12,34). Por esta razón dijo Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca», y el Sabio lo dice así: «Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre» (Eclo. 27,8). El lenguaje es el espejo del alma.

El hombre es conocido en seguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra hablan de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de las cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

Que las ideas que voy exponiendo referentes a los pecados de la lengua te enseñen a hablar rectamente e ir por el camino de la virtud. Éste es mi deseo.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 17 agosto 1994

LOS MALES DE LA LENGUA

La perversidad de la lengua

El don de la palabra es un don de Dios, del cual solemos abusar. ¡Cuántos males puede sembrar una mala lengua y cuantos destrozos y divisiones puede causar! El Eclesiástico nos dice: *«Muchos han perecido al filo de la espada, pero no tantos como por culpa de la lengua»* (28,22).

Grandes, ciertamente, son los daños que acarrea la lengua, a la que el apóstol Santiago llama «fuego» por el incendio que ocasiona. Este apóstol dedica el capítulo 3.° de su epístola a hablar de la perversidad de la lengua. He aquí sus palabras:

«Nosotros ponemos a los caballos frenos en la boca para que nos obedezcan, y así gobernamos todo su cuerpo. Ved también las naves, aunque tan grandes y llevadas por los vientos impetuosos, son gobernadas por un pequeño timón a donde

quiere el piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, y se gloría de grandes cosas. Ved como un pequeño fuego enciende un gran bosque. También la lengua es fuego, el mundo de la iniquidad. La lengua colocada entre nuestros miembros es la que contamina todo el cuerpo y la que inflama el ciclo de nuestra vida, inflamada como está ella por el infierno.

Cualquier clase de fieras, de aves, de reptiles y de animales marinos se pueden domar, y han sido domados por el hombre. En cambio, la lengua ningún hombre puede domarla, es un mal que no puede ser refrenado y está lleno de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios.

De una misma boca proceden la bendición y la maldición. Hermanos, esto no debe ser así. ¿Acaso una fuente echa por el mismo caño agua dulce y amarga? Hermanos míos: ¿puede la higuera producir aceitunas o la vid higos? Así tampoco la fuente salada puede dar agua dulce» (3,3-12).

No hay duda que la mala lengua es un mundo de males, apenas habrá existido un

pecado grave que no haya sido promovido u ocasionado por la lengua.

—En el orden individual: escándalos, inocencias perdidas...

—En el familiar: disgustos, separaciones irremediables, rencillas matrimoniales.

—En el social: la amistad y confianza que desaparecen. Personas públicas difamadas. Imposible gobernar a los súbditos irresponsablemente maldicientes. La prensa que hemos conocido, con facultad para mentir, calumniar, interpretar torcidamente...

¡Cuánto vale el tener presente la máxima del apóstol: *«El que no peca con la lengua es persona perfecta»!* El que quiere llevar vida de santidad, deberá llevar un examen diario sobre las palabras que profiere.

Es necesario reconocer que el dominio de la lengua es un criterio de fuerza moral y de santidad, puesto que revela el perfecto dominio de sí, una fuerza del alma capaz de vencer todos los vicios. La lengua es como el fuego, pues así como una chispa basta para incendiar un bosque, así una palabra basta para destruir la concordia entre numerosos hermanos. Una palabra puede sembrar la discordia en toda una sociedad.

¡Qué fácil es pecar con la lengua!

«¿Quién es el que no ha pecado con la lengua?», dice el Eclesiástico. Tenemos que estar muy sobreaviso para no pecar en nuestras conversaciones. La experiencia nos dice cuán difícil es que transcurra una conversación larga sin que haya padecido la religión, la piedad, la obediencia a los superiores, la honestidad o la fama ajena.

Ya San Agustín nos previene al decir: «Difícil cosa es que haya uno cuya lengua no tropiece y caiga...; por algo está encerrada, porque tropieza fácilmente», y «por este vicio, dice también Santo Tomás, casi todo el género humano se ve en peligro, porque «el número de los necios es infinito» y son pocos los que caminan por los senderos de la salvación, y pocos o ninguno los que no dicen nunca, siquiera por ligereza algo que disminuya, al menos levemente la fama ajena».

En los Proverbios se nos advierte que *«en el mucho hablar no faltará el pecado»* (10,19), y contra este defecto las Órdenes religiosas han impuesto el hablar en determinadas horas y que haya sus tiempos de silencio, porque, como dice Kempis: «en el

silencio y en el recogimiento el alma hace progresos».

A veces, no negamos, que sea necesaria la conversación, vg. por ser hasta un medio de descanso y de fomentar la unión y la caridad, y se impone cuando se trata de temas serios que ilustran y educan a quienes no tienen tiempo de estudiar, o por lo menos de estudiar toda clase de materias.

Una cosa distinta es la charlatanería y el afán de emplear y perder el tiempo hablando, y para éstos parece que escribió Séneca (si bien se refiere más bien al tono de la voz): «Así como al varón sabio le conviene un andar mesurado, así también le conviene una conversación comedida y no audaz».

La razón sobrenatural y cierta la da San Ambrosio: «Ata las palabras, no sea que se desparramen y cosechen pecados con su charlatanería; estréchese, sujétese dentro de sus riberas, porque el río que se desborda recoge muy pronto el lodo».

«El hombre prudente, dice San Agustín modera sus acciones; el más prudente, sus pensamientos, y el prudentísimo, sus palabras; pero es harto raro encontrar a quien carezca del vicio de la lengua».

«Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos».

Guarda tu lengua del mal

El apóstol San Pedro en su primera carta dice: *«Quien quiera amar la vida y ver días dichosos, que aparte su lengua del mal y sus labios de hablar engaño, que se aparte del mal y obre el bien...»* (3,10-11).

La Escritura, los Santos Padres y filósofos de la antigüedad nos dicen que es locura, insensatez y gran peligro el hablar mucho sin prudencia. He aquí algunas de sus sentencias:

—*Los labios de los imprudentes dicen necedades* (Eclo 21,18).

—*¿Has visto a un hombre precipitado en el hablar? Más se puede esperar de un necio que de él»* (Prov 29,20).

—*Las palabras del necio precipitarán su ruina... El necio multiplica las palabras...* (Ecle 10,12 y 14).

—San Gregorio Magno dice: «El agua contenida por dique se levanta. El alma que se aísla del mundo, se eleva hasta las regio-

nes celestiales; pero si se ocupa inútilmente de cosas indignas de ella, se debilita. Cuanto más se aleja con palabras inútiles de la saludable disciplina del silencio, tanto más se escapa, como formando pequeños arroyos. Por esto ya no puede volver en sí misma, ni conocer bien su estado: con las habladurías se ha derramado, y ha perdido la fuerza de meditar: he aquí porque está escrito: El hombre que no puede impedir que su alma se esparza con palabras, es como una ciudad abierta y sin defensa (Prov 25,28).

Cuando el alma no está protegida por la muralla del silencio, queda expuesta a los ataques del enemigo. Con sus palabras se pone en descubierto, se expone a los golpes de su contrario; y éste la abate, con tanto menos trabajo, cuanto más ha contribuido ella misma a su derrota, hiriéndose a sí misma con la multitud de sus palabras».

—*San Ambrosio* también nos dice: «Si hemos cedido a la tentación de decir una palabra imprudente, cerremos al menos la puerta de nuestro corazón para no permitir que en él entre el pecado. Mirad cómo entra el pecado en el corazón». «El que habla mucho, dice la Escritura, no se libra del

pecado; las palabras han salido a borbotones, y el pecado ha entrado; porque cuando se habla mucho, no se pesan las palabras, sino que se dejan caer imprudentemente. Así se ofende a Dios más o menos gravemente, aunque hablar más de lo regular no sea en sí un pecado grave».

—El filósofo Solón decía: «El insensato no sabe callarse».

—Teócrito, oyendo hablar a Anaxímenes, decía: «Sólo tiene una gota de buen sentido, y es un río de palabras».

—Un varón de la antigüedad llamaba al hombre que no sabe contener su lengua «un establo sin puerta».

—Los vasos vacíos son muy sonoros; y del mismo modo los que tienen poco talento, son muy habladores (Laercio).

—Los edificios cuya entrada no está protegida por ninguna puerta, no tienen utilidad alguna; pero aún es más inútil la boca que no sabe cerrarse (Plutarco).

—Más bien podemos fiarnos de un caballo sin freno, que del que habla mucho sin discernimiento (Teofrasto).

—El hablar mucho, dice un autor, es prueba de locura; es un instrumento de la mentira; conduce a las palabras inconve-

nientes y vanas; bebe ávidamente la maledicencia, apaga el arrepentimiento, hace nacer la pereza, disipa la devoción, hace difíciles las oraciones, enfría el fervor y el celo, impide que la paz se fije, y destruye toda rectitud.

—Me he arrepentido muchas veces de haber hablado, y jamás de haber callado (Amonides).

—Preguntado Anacarsis sobre lo peor del hombre, contestó: «lo más malo es la lengua».

—*La boca de los malos revela la iniquidad* (Prov 10,11). No os dejéis seducir: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (1 Cor 15,33). Jamás salga de vuestra boca ninguna mala conversación (Ef 4,29).

El hombre que tiene mala lengua se hiere y se mata a sí mismo.

Palabras de San Bernardo sobre la mala lengua

Este santo nos advierte que debemos refrenar la lengua si queremos ser buenos cristianos, y que no perdamos el tiempo con

palabras inútiles, reconociendo que son muchos los desórdenes que causa una mala lengua. He aquí lo que nos dice:

«Encadenad vuestra lengua si queréis ser buenos cristianos; porque sin este freno en la lengua, la religión es vana. Los hombres espirituales que han experimentado esta verdad, saben cuanto se debilita la devoción con habladurías, y cuántos desarreglos introducen éstas en la conciencia. Así como un horno siempre abierto no puede conservar su calor, el corazón ve desaparecer la gracia del fervor cuando los labios no están cerrados con la puerta del silencio.

«Nadie de nosotros debe desperdiciar un solo momento, perdiéndolo con palabras inútiles y ociosas, porque el tiempo es un don que el hombre ha recibido, y los días que se le han dado son días de salvación. La palabra se escapa y no vuelve; el tiempo vuela, y no puede alcanzarse o repararse de nuevo, y el insensato no ve lo que pierde.

Lícito es, dicen algunos divertirse y entretenerse para dejar pasar una hora. ¡Para dejar pasar una hora, para hacer tiempo! ¡La hora que la misericordia del Creador os concede para hacer penitencia, obtener el perdón de vuestros pecados, adquirir la gracia

y merecer la gloria! ¡El tiempo que se os ha dado para inclinar a vuestro favor la misericordia divina, ser merecedores de entrar en la sociedad de los ángeles, tener el deseo de recobrar la herencia perdida, aspirar a la dicha que se os ha prometido, reanimar vuestra voluntad desfallecida, y llorar las faltas de que os habéis hecho culpables!...

«La lengua es una pequeña parte de nosotros; pero, si no estamos precavidos, hace muchos daños. Lame con la lisonja, muerde con la maledicencia y mata con la mentira. Ata, y no se la puede atar; se resbala como la anguila, penetra como la flecha; destruye la amistad, multiplica los enemigos, excita las disputas y siembra la discordia; de un solo golpe hiere y mata a muchos hombres; es lisonjera y engañosa, y siempre dispuesta a obrar mal.

Decimos que una palabra es una cosa muy ligera; y en verdad es muy ligera, puesto que vuela velozmente; pero hiere de un modo mortal: pasa como una flecha, pero quema cruelmente; penetra fácilmente en el alma, pero sale con dificultad; la dejamos caer ligeramente, pero es casi imposible recogerla; circula fácilmente, y por esto viola tantas veces la caridad».

Meditemos con atención estas palabras, tan verdaderas...

¿Quién dominará nuestra lengua? A las anteriores palabras de San Bernardo, añadamos éstas de San Agustín: «El hombre doma las bestias salvajes, y no la lengua; doma al león y no reprime las ganas de hablar; doma a los demás hombres, y no se doma a sí mismo; se hace dueño de lo que temía y no teme lo que debiera dominarse. Examinemos de qué modo se subyugan las bestias salvajes: el caballo no se doma a sí mismo; el león tampoco; y por consiguiente tampoco el hombre. Para domar al caballo o al león, es menester que haya un hombre, así como para dominar al hombre es necesario Dios».

EL PECADO DE LA LENGUA, EL MÁS EXTENDIDO

Este pecado es el más extendido y corriente entre los mortales, y si bien lo examinamos, casi todos los males que nos azotan provienen de ella. De la lengua perversa provienen la murmuración o maledicencia, la detracción, la calumnia, la injuria o

insulto, la mentira, la hipocresía o fingimiento, la lisonja, la adulación...

San Buenaventura nos lo dice así: «¿Quieres oír, quieres saber cuántos males salen de la lengua si no se guarda con cuidado? Óyeme y te lo diré: De la lengua salen la blasfemia, la murmuración, la defensa del pecado, el falso juramento, la mentira, la difamación, la adulación, la maldición, la injusticia, la porfía, la burla de los buenos, el mal consejo, el chismorreo, la jactancia, la revelación del secreto, la amenaza indiscreta, la promesa imprudente, la conversación larga, la chocarrería». Esto nos debe mover a tener siempre presentes estas palabras del apóstol: «El que no peca con la lengua es persona perfecta».

Diremos algunas palabras de algunos de estos males:

1.º La murmuración o maledicencia

«Murmuración» es hablar mal del ausente. San Agustín poco partidario de ella, puso en su comedor este letrero: «Ninguno del ausente aquí murmure; antes quien piense en esto desmandarse, procure de la mesa levantarse».

La derivación de esta materia, el ambiente que se puede formar, puede llegar a materia grave. Hay varias maneras de murmurar. Se puede murmurar diciendo la verdad, porque se puede difamar, vg.: a uno que se vio en secreto hacer un mal, diciendo cosas con visos de verdad, pero sin fundamento, cual son los juicios temerarios, o haciendo comentarios. ¡Cuántos empiezan diciendo: ¿habéis oído lo que se dice de fulano?... Yo no afirmo que sea verdad, Dios me libre. ¡Yo no quiero murmurar de nadie!... Pero ¡ahí va la flecha!

¡Oh!, estemos sobre aviso, porque la lengua hace muchos daños: roba la buena reputación, destruye la amistad, multiplica los enemigos y siembra la discordia... Si queremos ser buenos cristianos, tenemos, como ya hemos dicho, refrenar la lengua ¿Hemos pensado que en el día del juicio tenemos que dar cuenta a Dios de todas las palabras ociosas? (Mt 12,36).

El que critica en secreto, es como una serpiente que muerde sin hacer ruido, dice el Eclesiastés (10,11). Con su imprudencia o malevolencia el maldiciente hiere a su hermano, turba la paz, destruye la caridad, rompe la unión, escandaliza a los que le

oyen, y da nacimiento a odios, pleitos, disputas, guerras, ira y deseos de venganza...

La maledicencia hace una llaga más profunda que una serpiente. La serpiente no hiere más que el cuerpo y la maledicencia hiere la reputación, el corazón y la inteligencia...

Horacio, poeta lírico latino (año 65 a.C.) dijo: «El que desgarra a un amigo ausente, y no puede callar lo que ha visto, y descubre el secreto que se le ha confiado, es un mal ciudadano. Huid de él, romanos».

San Bernardo dice: El maldiciente es un apestado y un leproso que comunica su mal a los demás..., su corazón está vacío de caridad...

San Juan Crisóstomo hablando de los estragos que hace la maledicencia, dice: «La maledicencia es un gran mal, es un demonio turbulento que nunca deja al hombre en paz. Ella multiplica los odios, inflama las querellas, produce las disensiones, y da origen a las malas sospechas. Convierte a un amigo en enemigo; trastorna las casas, hace que tomen las armas las ciudades pacíficas, relaja los lazos de la paz, que es tan hermosa y rompe el poderoso nudo de la caridad. El que se entrega a la maledicencia, llega a ser esclavo del demonio».

El pecado de la murmuración es de los más frecuentes. Con rebajar a tu prójimo, no por eso te haces mejor, sino peor. También pretenden algunos, con la murmuración de las faltas ajenas, apartar la atención de las propias o disminuirlas. La murmuración es un pecado aborrecible.

A veces se oye hablar mal de los muertos, mas no es lícito descubrir sus faltas. De los muertos sólo hemos de decir lo bueno. Pero hay personas semejantes a las hienas, que despedazan los cadáveres y los devoran, y así ellos destrozan a los muertos, con sus lenguas, sin caridad, y sacan a la luz faltas de que nadie se acordaba.

A la común malicia de todo comentario habríamos de añadir la falta de respeto y de veneración debidos a los superiores, si sobre estos versara la crítica. Cuanto mayor es la dignidad de la persona ofendida, tanto mayor es la culpa. Además tales críticas desprestigian a la autoridad y destruyen el deseo de cooperación que en todo inferior ha de existir para con su legítimo superior. Y esto, ya se trate de superiores eclesiásticos, ya de autoridades civiles, es de efectos deplorables.

2.° la detracción

Toda murmuración que sea en perjuicio del prójimo es mala; mas, si la murmuración quita la fama ajena, reviste una especial y más grave malicia. Se llama entonces «detracción» equivalente a injusta privación de la fama ajena mediante palabras ocultas, o también la privación de la fama ajena descubriendo sin causa razonable, faltas ocultas que alguno ha cometido.

Santo Tomás dice que «la fama es una disposición para la amistad, como la infamia para la enemistad», y en otro lugar: «El que quita la fama a su hermano, en tanto falta a la ley en cuanto que desprecia el precepto del amor al prójimo.

Hay distintos modos de detracción. Unos son directos, porque se quita la fama del prójimo refiriendo claramente el pecado ajeno. Por ejemplo:

1) Cuando se atribuye algo falso a otro.

2) Cuando se exagera el pecado con las palabras.

3) Cuando se descubre el pecado oculto.

4) Cuando lo que en sí es bueno se dice que se ha hecho con mala intención.

Otros son indirectos, porque no refieren

directamente el pecado o mal ajeno, sino que se insinúan indirectamente callando, negando o disminuyendo el bien. Muchas veces estos modos son más maliciosos que los anteriores. Así, por ejemplo, se estiman como detracción las siguientes frases:

1) «No quiero decir todo lo que sé».

2) «Sé todavía otras muchas cosas, pero mejor es callar».

3) «Si yo pudiera decir aquí todo lo que sé».

4) «Sí, es persona piadosa, pero... Podría avergonzarla si dijera alguna cosa.

5) «Me he enterado de una cosa que nadie podría sospechar de tal persona».

Con frecuencia también el gesto, la sonrisa, la mirada, pueden dar a entender la detracción.

Los Proverbios dicen: «El hombre que habla contra su prójimo, puede compararse a un dardo, a una espada, a una aguda flecha» (25,18).

En consecuencia: Hay pecado de detracción, cuando tenemos «intención» de menoscabar la buena fama del prójimo; por tanto, no peca el que manifiesta la falta a quien puede evitar la repetición o remediarla (Santo Tomás).

Se puede reprender la falta de otro, cuando con esto se aprovecha al que faltó o a los demás; pero es menester que el que lo hace tenga obligación de hacerlo, y que al reprender el vicio respete todo lo posible la persona (S. Francisco de Sales).

Cuando el delito se ha hecho del dominio público por sentencia judicial, cualquiera puede hablar de ello, como vg., lo hacen los periódicos. Una especie de murmuración singularmente odiosa se comete, cuando se refiere a uno lo malo que otro ha dicho contra él. Los que esto hacen destruyen la paz de las familias y de las comunidades y son causa de enemistades. Su pecado es mucho mayor que el de los murmuradores (Santo Tomás), porque no sólo destruyen la buena fama, sino la concordia entre los hombres y la caridad fraterna. Por eso maldice Dios al reo de este pecado (Eclo 28,15) (Ved Cat. *Spirago*).

3.º La calumnia

La calumnia consiste en atribuir maliciosamente al prójimo culpas o defectos que él no tiene. Cuando tiene lugar ante la auto-

ridad, es «falsa acusación». He aquí unos ejemplos:

—La mujer de Putifar calumnió injustamente a José, siendo inocente, ante su señor, de que había querido seducirla (Gén 39).

—Los judíos acusaron calumniosamente al Salvador, ante Pilatos, de que sublevaba al pueblo, prohibía pagar el tributo al César, etc. (Lc 23,2).

—Personas innobles suelen escribir «anónimos» y en ellos calumniar a sus prójimos. También hay calumnia en «exagerar» a sabiendas las faltas verdaderas de los otros. Generalmente procede la calumnia del aborrecimiento, ingratitud o sed de venganza.

San Francisco de Sales, dice: El calumniador se hace reo a un tiempo de dos delitos, porque miente y daña el honor del prójimo. Algunos calumniadores suelen decir sus mentiras como en chanza, fijándolas con una palabra burlona o significativa. Entonces la calumnia, que por ventura hubiera pasado inadvertida, queda clavada en el ánimo del que la oye, y por tanto, es más cruel y maliciosa que la otra. También la calumnia a la que precede una alabanza

(como: Es un hombre excelente, pero...) penetra más hondo en el ánimo de los oyentes, como la saeta corre con más velocidad y penetra más, cuanto más se ha retraído el arco...

De los tales dice el salmista, que tienen veneno de áspides bajo sus labios (Sal 13,3). El que sin culpa es herido en su honor, piense que sin ella fue acusado el Santo de los Santos y condenado a muerte. A quien esto piensa, se le harán llevaderos sus padecimientos (Spirago).

4.° La injuria o insulto

La injuria o insulto consisten en mostrar exteriormente, en presencia de uno, el menosprecio que de él se tiene. La murmuración descubre las faltas de algunos a sus espaldas; la injuria lo hace en su cara.

Mientras que murmuración y la calumnia socavan la estimación interior que de otro se tiene, la injuria destruye el honor que se le debe exteriormente. Así Semeí insultó al rey David llamándole «hombre sanguinario y malvado» y arrojándole piedras (2 Sal 16,5). También los judíos afren-

taron muchas veces al Salvador, llamándole samaritano y endemoniado (Jn 8,48).

Sólo aquéllos acuden a los baldones y ultrajes, que se sienten destituidos de razón. Dos hermanos no podían ponerse de acuerdo sobre cierta cosa. Como el uno prorrumpiera en palabras afrentosas, díjole el otro: Hermano, no tienes razón, pues acudes a las injurias. El que tiene razón no necesita apelar a los baldones... La verdad vence por sí misma.

A la injuria pertenecen también las «pullas» o burlas, con las que se procura hacer a uno ridículo y correrle delante de la gente. Con estas faltas de caridad se da a veces mucho que sentir al prójimo y se cría en él amarga hiel. La herida del azote hace cardenales, pero la herida de la lengua machaca los huesos (Eclo 28,21). Más corta la mala lengua, que la espada afilada (Spirago).

Las palabras injuriosas para otros, las que quitan el honor al prójimo, dice Santo Tomás, que nacen de la ira, del apetito de venganza.

Muchas veces el hombre se apasiona hasta el extremo de quedar cegado por la ira, y entonces no sabe ni siquiera lo que

se dice. A veces se oyen palabras fuertes e injuriosas, siendo frecuentes en ciertos espectáculos, como fútbol, toros, etc., y es increíble el tono a que descienden personas de prestigio, que exasperadas profieren gritos de pasión, palabras soeces, de mal gusto, ofensivas y escandalizadoras.

«El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras» (Prov 14,29). La ira es gran mal..., es una gran fiera que puede domarse. La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias... Pensemos con el Abad Agatón, que decía: «El hombre irascible no es grato a Dios, aunque resucite muertos».

¿Qué decir del que oye con gusto palabras ofensivas?

El que habla palabras de murmuración, palabras que ofenden el honor del prójimo, es como el fuego, y el que le escucha con agrado, le añade leña. Si no fuera por éste, pronto acabaría aquél. Si no se hallaran oyentes aficionados a oírlas, nadie hablaría de faltas ajenas (S. Ign. M.).

En consecuencia, el que escucha tales palabras es cómplice de ellas. No quiero resolver cuál es más digno de castigo, si el que daña al honor del prójimo con malas conversaciones, o el que las escucha con agrado. Sólo esta diferencia encuentro, dijo San Bernardo: que el uno tiene el demonio en la lengua, y el otro lo tiene en el oído.

¿Qué me aprovecha notar que el otro es malvado? Esto sólo me hace mayor daño. Por tanto, mejor es emplear esta laboriosa investigación en nuestra propia conducta (S. J. Crisóstomo). Por eso nos avisa el Salvador: Quita antes la viga que tienes tú en el ojo, y así podrás luego quitar la paja que tiene el otro (Mt 7,4).

Cada uno, dice San Bernardo, mira las faltas de los demás, hasta que empieza a conocer las suyas. No consientas, pues ninguna conversación detractiva. Defiende o excusa, por el contrario, al prójimo cuyo honor se desdora en tu presencia, o muestra de algún modo tu desagrado por estas palabras, o cambia la conversación a otro asunto. Recuerda las palabras que hizo escribir San Agustín en su comedor: «A esta mesa no se siente, quien murmure del ausente».

Santo Tomás Moro, oyendo una murmu-

ración, interrumpió en chanza: Yo afirmo que la casa está bien construida y que el arquitecto es un hombre de pro. Con esto hizo cesar la murmuración. Rodea tus oídos con espinas y no des oído a la mala lengua (Eclo 28,28).

El quitar al prójimo la honra es un pecado tanto mayor, cuanto es mayor el daño que se le hace. Y el que le ha perjudicado en la honra, está obligado a repararla, si fue delante de una sola persona, retractándose cerca de ella, y si en público, dando pública satisfacción... Fácil es derramar la tinta sobre el papel; pero no es posible luego devolver al papel su primera blancura. Es decir, a veces no es posible reparar enteramente la fama que se quitó. Por eso reflexionemos mucho al hablar.

No seas chismoso ni burlón

Según Santo Tomás, chismoso o susurrador es aquél que siembra discordias entre los amigos. El fin del chismoso es siempre destruir la amistad, indisponer a una persona con otra.

«El susurrador, en cuanto que habla mal

de otro, se dice que murmura; pero difiere del detractor en que no se propone absolutamente decir mal de él, sino todo aquello que puede perturbar el ánimo de uno contra otro, aunque sea absolutamente bueno y, sin embargo, aparezca malo, en cuanto desagrada a quien se lo dice».

Por tanto, la intención del chismoso no es tanto destruir la fama de uno, cuanto sembrar discordias entre dos que estaban unidos. Su pecado es grave. Suele presentarse con capa o apariencia de bien. Parece que es prueba de amistad para con uno, detalle de sinceridad y de confianza, comunicarle lo que de él se dice por otros, aun cuando sea desagradable. En el fondo juegan papel importantísimo el amor propio y la envidia. Este pecado es más grave que la murmuración.

También hay que tener cuidado de no ofender al prójimo con burlas o chanzas. Si éstas se hacen con gracia y humor fino, sin herir ni entristecer a nadie, no es falta; pero el ridiculizar o reírse del mal o defecto de otra persona, en sí pequeños, es siempre pecado leve. Mas pudiera ser grave, si se toma para rebajar la dignidad de la persona.

Lo que debemos hacer es hablar siem-

pre bien del prójimo y con amabilidad, rostro afable, contentándole en lo que se pueda, y lo podemos sobrenaturalizar viendo a Dios en el prójimo.

5.º La mentira

Mentira es decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar. En la mentira se falta intencionadamente a la verdad, y en ella hay intención de engañar a otro.

La mentira es un abuso de la facultad de hablar. San Agustín advierte: No se dio el lenguaje al hombre para que engañase a los demás, sino para que les manifestara sus pensamientos. Y como dice San J. Clímaco: «El mentiroso es como la moneda falsa, que parece una cosa y es otra».

Dios es la suma verdad, la verdad eterna y por eso *«aborrece los labios mentirosos»* (Prov 12,22).

La Escritura compara la mentira con el robo, ya porque esos dos vicios van ordinariamente unidos, ya porque la mentira es una especie de robo, pues roba a los hombres la verdad, y muchas veces la reputación, la paz, la fortuna y aun la vida.

La mentira y el robo son dos vicios ig-

nominiosos e infames... El mentiroso es peor que el ladrón; porque éste no roba más que la hacienda, y aquél quita la reputación... El ladrón roba muchas veces por hambre, y el mentiroso disfraza la verdad por petulancia y desvergüenza... La mentira da origen a disputas, guerras y asesinatos, lo que no hace el robo...

El robo puede ser más culpable que la mentira; pero el hábito de mentir es peor que el robo; pues aquel hábito engendra mayores pecados. Nada está seguro en manos del mentiroso, ni la fortuna, ni el honor, ni la amistad, ni ninguna otra cosa...

San Pablo nos dice: *«Despojaos de la mentira, hable cada uno verdad a su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros»* (Ef 4,25). *«Es infamia en el hombre la mentira, que se halla siempre en los labios de los insensatos»* (Eclo 20,26).

Notemos que no se debe mentir jamás, pero se puede alguna vez «ocultar la verdad» cuando se trata vg. de un secreto de importancia o lo exige el deber de un cargo, el párroco, el médico, el abogado, etc. Preguntados sobre el caso si saben, pueden decir a secas: «No sé nada», entiéndase «para decirlo», y no pecaría.

El que se ve comprometido por preguntas impertinentes, puede dar una respuesta evasiva o ambigua o negativa. San Atanasio, obispo de Alejandría, huía de los que le perseguían por orden de Juliano, y habiéndole alcanzado cuando atravesaba el Nilo en una barquilla, le preguntaron sin reconocerle, si había visto a Atanasio. A lo cual contestó aguda y verdaderamente: «No está muy lejos de aquí. Si os dáis prisa lo podéis alcanzar». Con lo cual ellos quedaron despistados y él libre.

También se dice de Santo Tomás, arzobispo de Cantorbery, que huía disfrazado y a caballo, de las asechanzas del rey de Inglaterra. Alcanzándole los soldados que le buscaban para prenderle, le preguntaron si era el Arzobispo, a lo cual respondió: Juzgad vosotros mismos, si es este traje y manera de viajar de arzobispo.

El mismo ángel San Rafael dijo a Tobías, que era Azarías, hijo de un noble judío, cuyo aspecto había tomado (Tob 5,18). Si desde luego se hubiese manifestado como ángel, no hubiera podido cumplir el encargo de Dios.

El que es solicitado para prestar dinero a un hombre tramposo, puede decir que no

lo tiene (es a saber: para este fin)... (Cat. Spirago).

6.º La adulación

¿En qué consiste la adulación? En alabar a uno en su presencia, por encima de sus merecimientos, contra la propia persuasión y con mira del propio interés. Los aduladores son unos engañosos, «son hipócritas, y no buscan sino su ganancia». San Bernardo dice que es de hombres viles inclinarse y humillarse donde esperan ganar alguna cosa... Las alabanzas nuestras sólo son mentiras; alegrarse de las alabanzas, es lo más vano. Los amigos de contar fábulas son alabados, y los que alaban son mentirosos. Engañamos a los que adulamos: los aduladores mienten.

El mismo San Bernardo dice: El adulador que ha perdido ya su alma, busca el medio de perder la vuestra, porque sus palabras no son más que iniquidad y fraude... Despreciad, pues las lisonjas, despreciad las promesas. La alabanza lisonjera, pero es peligrosa, cuando el pecador es alabado según los deseos de su alma... Las palabras del

adulador son más suaves que el aceite, pero son dardos envenenados.

San Agustín nos dice: «La adulación es una falsa alabanza... Tenemos dos clases de enemigos: los que nos vituperan y desgarran nuestra honra, y los que nos adulan; pero el adulador es más temible que el verdugo y el calumniador, su lengua es más peligrosa que la cuchilla del verdugo».

La Sagrada Escritura habla fuertemente contra los aduladores, y así nos dice: *«El que adula a su prójimo, tiende un lazo a los pies de éste»* (Prov 29,5). *«Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios»* (Eclo 7,6). *«Los que producen divisiones y escándalos.. con discursos y lisonjas seducen los corazones de los incautos»* (Rom 16,17-18). *«Como el crisol prueba el oro y la plata, así las alabanzas prueban al hombre»* (Prov 21).

«El adulador es infaliblemente tu murmurador, pues no hay amor donde no hay verdad... Alabarse a sí mismo es dar a besar el propio retrato a los circunstantes» (Gart.Mar.).

«El adulador de sí mismo es el peor de los aduladores. Alabarse uno a sí mismo es cosa torpe, vergonzosa y ridícula. Esto es propio del ignorante y orgulloso» (Id.).

Alegraos cuando os vituperan, y jamás cuando os alaben. Mira a los aduladores como enemigos, los más peligrosos y detestables (Pitágoras).

«El que bien se conoce tiénese por vil, y nos e complace en las alabanzas humanas... El que hace caso omiso a las alabanzas y de los vituperios se mantiene en una gran serenidad» (Kempis).

«No queramos ser alabados sino es de Dios. Que el hombre os alabe o deje de alabaros, nada perdéis. Aunque el hombre os vitupere, no puede heriros. La alabanza de Dios es la única preciosa, así como el vituperio que viene de Dios es el único temible» (S. J. Crisóstomo).

7.° La hipocresía o fingimiento

La hipocresía consiste en querer encubrir las malas intenciones con buenas palabras u obras. *«Los hipócritas,* dice San Pablo, *tienen una apariencia de piedad, pero destruyen la virtud. Huid de ellos»* (2 Tim 3,5).

Clemente de Alejandría dice que la hipocresía es como la nieve; y el hipócrita es como el muladar cubierto de nieve; porque oculta todos los vicios bajo la blanca apa-

riencia de la virtud, así como la nieve oculta la inmundicia.

Nada es más opuesto al espíritu de Jesucristo que la hipocresía. Jesucristo es la misma verdad, la misma sencillez, la misma sinceridad; y no puede menos de aborrecer la falsedad, el fingimiento, la doblez...

El hipócrita se parece a la serpiente que se valió de todas sus astucias para seducir a nuestros primeros padres... El hipócrita se parece a Judas, que besó al Salvador en el huerto de los Olivos, dándole muestra de amigo cuando lo entregaba (Mt 26,49)... Y también se parece a Caín, que teniendo la intención de matar a su hermano, lo engañó diciéndole: Vamos al campo...

El hipócrita se parece también a Herodes que dijo a los reyes magos, que le avisaran cuando hubieran encontrado al Niño, para ir también a adorarle (Mt 2,8), aunque no tenía otro designio sino de quitarle la vida.

Son hipócritas los que se encubren con apariencias de piedad, llevando una vida inmoral. Se parecen a Satanás, que se transfigura en ángel de luz. San Jerónimo dice: «No es tan malo pecar abiertamente como simular santidad».

Se acercan a los hipócritas los que en la Iglesia se arrodillan, se dan golpes de pecho y hacen otras ceremonias exteriores, teniendo la cabeza en cosas profanas. El Salvador los compara con los sepulcros blanqueados, que por fuera son hermosos y dentro están llenos de huesos y corrupción (Mt 23,27). También los compara con lobos cubiertos con piel de oveja (Mt 7,15) y San Bernardo dice: El hipócrita es oveja en el vestido, zorra en la astucia y lobo en la intención.

Advertencia:

Creo que con lo dicho en este libro quedan de manifiesto los grandes males de la lengua, y omito el hablar de la blasfemia, de la que ya he hablado en tros dos libros míos: «La formación del corazón» y «Los males del mundo». La blasfemia contra Dios es un pecado gravísimo, es el lenguaje del infierno, que envilece, degrada al que la pronuncia, e indica bajeza y falta de cultura y educación.

Voy a terminar este pequeño trabajo hablando de los remedios contra los pecados de la lengua, apropiándome las ideas prin-

cipales que están expuestas en el Catecismo de F. Spirago.

Remedios contra los pecados de la lengua

Los Santos Padres son de opinión que, si no existieran los pecados de la lengua, habría en el mundo una tercera parte menos de faltas.

Para evitar los pecados de la lengua, lo mejor es reprimir la parlería y ser circunspecto en las palabras; además, excusar o defender a los prójimos de quienes oímos murmurar, y no repetir estas habladurías.

Tomemos la determinación de no decir cosa alguna contra el prójimo ausente. Y en su presencia no digamos palabras que puedan serle desagradables u ocasionarle tristeza. Dominado esto, procúrese no faltar en el modo de hablar evitando contradecir, interrumpir, hablar con mal humor, etc.

El hombre es más propenso a descubrir los defectos que las virtudes ajenas. Fijémonos más en las buenas cualidades de los demás que en sus defectos y sepamos disculparlos... La lengua es muy traidora. El mentiroso cae en *muchos vicios*. Dice el

pueblo: Joven embustero, viejo ladrón. Donde hay hipocresía hay traición y maldad, dice San Agustín.

Para evitar la mentira, la murmuración y demás pecados de la lengua, hemos de evitar la parlería. Dice el refrán que «hablar es plata y callar es oro». El silencio es la muerte de los pecados. Contra los pecados de la lengua no hay mejor medicina que el silencio (S. Antonio Ab.).

El que sabe callar, será prudente en el hablar. Los filósofos griegos (Pitágoras) obligaban a sus discípulos a un largo silencio, para que aprendieran a hablar con tino. El que ha aprendido a callar cuando debe, sabrá hablar oportunamente (S. Greg. Magno). El silencio es engendrador de sabios pensamientos (S. Ambrosio). Como del hierro y del pedernal salta el fuego, así de la parlería sale la mentira (S. J. Clímaco).

En los Proverbios leemos: *Quien guarda su boca, guarda su alma; pero el que es descuidado en el hablar lo pasará mal* / 13,3(. *En el mucho hablar, no faltará pecado* (10,19).

—Como todos los órganos de los sentidos están abiertos, a la lengua le puso Dios dos muros: los labios y los dientes, para ex-

hortarnos a la circunspección en las palabras (S. Bernardo).

—No hemos de tener el corazón en la lengua, sino la lengua en el corazón (S. Humberto).

—Como eliges los manjares que quieres comer, así has de escoger las palabras que quieres decir (S. Agustín).

—Hemos de abrir la boca para hablar con tanta consideración como abrimos la bolsa para pagar (S. Vicente Ferrer).

—La Sagrada Escritura compara la lengua como una navaja; porque hemos de usarla con tanto cuidado, como el cirujano usa el bisturí cuando corta en el cuerpo vivo (S. F. de Sales).

—«Se ha de considerar mucho lo que se dice, porque la palabra que ha salido de la boca ya no se puede retirar, como la piedra que ha salido de la mano no se puede ya detener».

—La palabra que una vez hemos dicho, ya no vuelve atrás, como la flecha que hemos disparado, ya no retrocede (s. P. Damián). —Dice el Señor: Los hombres darán cuenta el día del juicio de cualquier palabra ociosa que hubieren hablado (Mt 12,36), y por nuestras mismas palabras se

nos juzgará, pues dice Cristo: Por tus palabras serás juzgado y por tus palabra serás condenado (Mt 12,37). La muerte y la vida están, pues, en poder de la lengua (Prov 18.21).

Cuando se dicen palabras contra la estima de otro

Si en nuestra presencia se dicen palabras contra la estima del prójimo, miremos de «excusarle». La Sagrada Escritura dice: Habla en pro del mundo, esto es, en favor del ausente que no puede volver por sí (Prov 31,8). Cuando, pues, alguno murmura de otro, procura excusar la intención de la acción mala. Si esto no se puede, atribuye la falta a la vehemencia de la tentación, a la ignorancia o flaqueza humana y mira por este camino de mitigar la acusación (S. F. de Sales) o pondera lo bueno que tiene la persona de que se trata. Así lo hacía Santa Teresa, de manera que nadie se atrevía a murmurar en su presencia.

Al que no los quiere oír, nadie le lleva cuentos y chismes (S. Jerónimo). Por lo menos es menester ponerse serio cuando se

oye hablar mal del prójimo con lo cual el otro entiende nuestra desaprobación y se calla. Le sucede como al que dispara una saeta contra una dura peña, que la saeta rebota y va a dar contra el que la tiró (Id.).

También es recomendable en tales casos llevar hábilmente la conversación a otro asunto, con lo cual se estorba al murmurador el seguir en su mal intento.

Las palabras de murmuración no se han de *repetir*. Si oíste algo contra tu prójimo, deja que muera en ti, y está cierto que no reventarás por ello. Sólo al necio le acontece que si ha oído algo le atormenta, hasta repetirlo, como una saeta clavada en las carnes (Eclo 10,10-12). No pongas los ojos en lo que hacen los demás, sino examina cuidadosamente tus propias acciones.

Conclusión

Vistas ya las razones que tenemos para librarnos de los males de la lengua, repetiremos que para guardarnos de los pecados que con ella pudiéramos cometer, hemos de tener presente estas normas:

1.° No hablar nunca sin antes reflexionar.

2.° Considerar que Dios nos pedirá cuentas de las palabras ociosas (Mt 1-36).

3.° Guardar el corazón libre del amor propio, de la envidia, del odio y de otras pasiones desordenadas.

El que guarda su boca, guarda su vida, el que mucho abre los labios, busca su ruina (Prov 13,3), y no olvidemos estas palabras del apóstol Santiago que hemos querido destacar en el libro: *«Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto»* (3,2).

Procuremos no hablar mal de nadie y echar a buena parte los actos del prójimo, y tengamos presente el dicho de Séneca: «El que no sabe callar, no sabe hablar» y este otro dicho del Kempis: «En el silencio y el recogimiento el alma hace progresos». En el silencio tiene uno pensamientos elevados... (Para conocer el valor del silencio, remito a mi libro: «Valor del tiempo y del silencio»).

Se impone reflexionemos antes de hablar para edificar y hacer bien a los que nos escuchan. «La lengua, dice San Bernardo, es una espada, una lanza la más aguda, que con un solo golpe atraviese tres personas: la que habla, a la que escucha y a la tercera de quien se habla».

La lengua es un gran mal porque con ella podemos dañar espiritualmente a nuestro prójimo y hasta causarle la muerte, y lo podemos confirmar con este ejemplo. Un señor se quiso divertir a costa de un labriego, a quien halló lejos de su tierra, y le dijo que su casa con la mitad del pueblo había sido pasto de las llamas; el pobre labriego cayó muerto en el acto, debido a la impresión de las palabras oídas. Tenemos, pues, saber qué decimos y cómo lo decimos.

Y termino con este adagio: «El hombre para ser hombre, necesita tres partidas: hacer mucho, hablar poco y no alabarse en su vida».

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3

LOS MALES DE LA LENGUA

La perversidad de la lengua 5
¡Qué fácil es pecar con la lengua! 9
Guarda tu lengua del mal 11
Palabras de San Bernardo sobre la mala lengua 14
El pecado de la lengua el más extendido 17
1.° La murmuración o maledicencia ... 18
2.° La detracción 22
3.° La calumnia 24
4.° La injuria o insulto 26
¿Qué decir del que oye con gusto palabras ofensivas? 28
No seas chismoso ni burlón 30
5.° La mentira 32
6.° La adulación 35

7.º La hipocresía o fingimiento 37
Remedios contra los pecados de la lengua 40
Cuando se dicen palabras contra la estirpe de otro 43
Conclusión 44